

IMAGEN Y CULTO EN LA IBERIA PRERROMANA II:
NUEVAS LECTURAS SOBRE LOS PEBETEROS
EN FORMA DE CABEZA FEMENINA

M. CRUZ MARÍN CEBALLOS
ANA M. JIMÉNEZ FLORES
(COORDINADORAS)

IMAGEN Y CULTO EN LA ÍBERIA PRERROMANA II:
NUEVAS LECTURAS SOBRE LOS PEBETEROS
EN FORMA DE CABEZA FEMENINA

SPAL MONOGRAFÍAS
Nº XVIII



SECRETARIADO DE PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Sevilla 2014

Colección: Spal Monografías
Núm.: XVIII

COMITÉ EDITORIAL:

Antonio Caballos Rufino
(Director del Secretariado de Publicaciones)
Eduardo Ferrer Albelda
(Subdirector)

Manuel Espejo y Lerdo de Tejada
Juan José Iglesias Rodríguez
Juan Jiménez-Castellanos Ballesteros
Isabel López Calderón
Juan Montero Delgado
Lourdes Munduate Jaca
Jaime Navarro Casas
M^a. del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado
Adoración Rueda Rueda
Rosario Villegas Sánchez

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.

Cofinanciado por el Proyecto HAR2011-27257 del Ministerio de Economía y Competitividad.

Motivo de cubierta: *Pebetero en forma de cabeza femenina* procedente de Guadalhorce-San Julián (Churriana, Málaga)

© SECRETARIADO DE PUBLICACIONES
DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA 2014
Porvenir, 27 - 41013 Sevilla.
Tlfs.: 954 487 447; 954 487 451; Fax: 954 487 443
Correo electrónico: secpub2@us.es
Web: <<http://www.publius.us.es>>

© DE LOS TEXTOS, LOS AUTORES 2014

© M. CRUZ MARÍN CEBALLOS,
ANA M. JIMÉNEZ FLORES (COORDS.) 2014

Impreso en España-Printed in Spain

Impreso en papel ecológico

ISBN: 978-84-472-1546-1

Depósito Legal: SE 1072-2014

Impresión: Kadmos

A María José Pena

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	
M. Cruz Marín Ceballos.....	11
<i>Pebeteros en forma de cabeza femenina en la Contestania. Estado de la cuestión y perspectivas de estudio</i>	
Feliciana Sala Sellés y Enrique Verdú Parra	19
<i>Pebeteros en forma de cabeza femenina procedentes de los territorios malacitanos</i>	
Bartolomé Mora Serrano y Ana Arancibia Román	35
<i>El yacimiento de es Rafal (puig d'en Valls, Eivissa) y dos pebeteros en forma de cabeza femenina</i>	
Josep M. López Garí, Ricard Marlasca Martín y M. José Escandell Torres	61
<i>Los pebeteros en forma de cabeza femenina de la cueva-santuario de es Culleram (Ibiza)</i>	
M. Cruz Marín Ceballos, María Belén Deamos, Ana M. Jiménez Flores, Jorge H. Fernández Gómez, Ana M. Mezquida Ortí y Frédérique Horn.....	85
<i>Les brûle-parfums carthaginois et leur originalité</i>	
Zohra Chérif	115
<i>La question de l'influence sarde sur les brûle-parfums à figure féminine découverts en péninsule Ibérique</i>	
Frédérique Horn	127
<i>Puntualizaciones sobre los “pebeteros en forma de cabeza femenina” tardopúnicos. A propósito de un hallazgo reciente</i>	
Ana M. Niveau de Villedary y Mariñas y Marcos A. Martelo Fernández	155
<i>Acerca de un pebetero indígena del cortijo de La Negra (El Puerto de Santa María, Cádiz)</i>	
Ester López Rosendo y Ana M. Niveau de Villedary y Mariñas	173
<i>APÉNDICE: El posible epígrafe neopúnico del pebetero del cortijo de La Negra</i>	
José Ángel Zamora López	195
<i>Un pebetero en forma de cabeza femenina inédito del Museo Arqueológico de Sevilla</i>	
Ana M. Jiménez Flores y Manuel Camacho Moreno	197

<i>Estudio arqueométrico de algunos pebeteros con forma de cabeza femenina del Mediterráneo occidental</i> Carlos P. Odriozola.....	215
<i>Bibliografía</i>	229

INTRODUCCIÓN

M. Cruz Marín Ceballos
Universidad de Sevilla

Transcurridos seis años desde la publicación de un primer libro¹ sobre estas terracotas que desde A. M. Muñoz (1963) hemos dado en llamar “pebeteros en forma de cabeza femenina”, los problemas y dudas en torno a estas singulares piezas distan mucho de estar resueltos. Por esta razón, durante los últimos años hemos insistido en esta línea de investigación, fruto de la cual, con la colaboración de otros colegas interesados en el tema, es este nuevo libro en el que, si bien no ha sido posible incluir todas las contribuciones solicitadas por razones de disponibilidad de sus autores, hemos reunido un número suficiente de aportaciones que creemos merece la pena dar a conocer a la comunidad científica.

El presente libro abarca pues trabajos de distinta índole que podríamos agrupar en tres categorías. La primera sería la de aquellos que se ocupan del estudio de los pebeteros en distintas áreas peninsulares, así como de yacimientos específicos: es el caso de la aportación de F. Sala y E. Verdú con el título: “Pebeteros en forma de cabeza femenina en la *Contestania*. Estado de la cuestión y perspectivas de estudio”; la de B. Mora y A. Arancibia: “Pebeteros en forma de cabeza femenina procedentes de los territorios malacitanos”; documentando yacimientos concretos; la aportación de J. M. López Garí *et al.*: “El yacimiento de es Rafal (puig d’en Valls, Eivissa) y dos pebeteros en forma de cabeza femenina”; o la de M. C. Marín *et al.*: “Los pebeteros en forma de cabeza femenina de la cueva-santuario de es Culleram (Ibiza)”. En todos ellos o bien se proporciona un estado de la cuestión con referencia a los problemas aún existentes, o se estudian a fondo materiales en gran parte ya conocidos. Una segunda categoría podría definirse como nuevas perspectivas y profundización en el estudio de piezas conocidas; incluiríamos entre estas la colaboración de Z. Cherif: “Les brûle-parfums carthaginois et leur originalité” o la de F. Horn: “La question de l’influence sarde sur les brûle-parfums à figure féminine découverts en péninsule Ibérique”. La tercera categoría vendría representada por las aportaciones que se ocupan de piezas nuevas, así la de A. M. Niveau y M. Martelo: “Puntualizaciones sobre los ‘pebeteros en forma de cabeza femenina’ tardopúnicos. A propósito de un hallazgo reciente” y de E. López Rosendo y A.

1. Marín y Horn 2007. En realidad se trataba de la publicación de un coloquio de la Casa de Velázquez celebrado en Madrid en marzo de 2004. A partir de ahora lo llamaremos *Pebeteros I*.

M. Niveau: “Acerca de un pebetero indígena del Cortijo de La Negra (El Puerto de Santa María, Cádiz)”, o la de A. M. Jiménez Flores y M. Camacho sobre: “Un pebetero en forma de cabeza femenina inédito del Museo Arqueológico de Sevilla”. Por último se añaden las analíticas de varias muestras en nuestro poder realizadas por C. Odriozola. Todos estos trabajos contienen importantes aportaciones al estudio y conocimiento de estas interesantes terracotas cuyo origen, expansión y significación histórico-religiosa nos esforzamos por aclarar.

Son muchas las cuestiones que siguen abiertas a debate. En las siguientes páginas haremos referencia a algunas de ellas con la intención de aportar datos de la más reciente investigación que estimamos pueden ayudar a aclarar ideas. Por ejemplo, el origen del tipo continúa siendo enigmático. En *Pebeteros I* se concluía que, pese a la sospecha que hemos compartido muchos de nosotros desde A. M. Bisi, de que el prototipo hubo de ser creado en la Sicilia púnica, el número reducido de hallazgos allí documentados y la difusa tipología de los mismos no autorizaban a pensarlo en ese momento (Marín 2007a: 82-83; Pena 2007: 20-21). No obstante, es justo reconocer que en el Mediterráneo central Sicilia fue la principal transmisora de las formas artísticas griegas y también la más importante creadora de tipos de terracotas de tradición helena. De tal manera que, sea cual sea el lugar donde se originó el prototipo, bien pudo haber sido creación de un coroplasta de la isla o formado en sus talleres. En esta línea, merece la pena plantearnos la posibilidad de que ese tipo originario pueda haber sido el más sencillo (B de Muñoz, II de Pena y P.2 de Horn) que parece inspirarse en los bustos femeninos siciliotas². Muy probablemente, de forma casi inmediata, se crea el A de Muñoz, I de Pena y P.1 y P.3 de Horn, decorado con espigas³ en la parte anterior del *kalathos* y con una corona helenística compuesta de hojas y frutos sobre los cabellos. En este ya se están incorporando elementos de significación simbólica: las espigas y, quizá, la hiedra⁴.

Recordemos sin embargo que esas espigas de nuestro tipo I acaban por convertirse en aves de tipo indefinido en numerosos casos, utilizándose el perfil aproximado de la espiga, con su hojita, para representarlas. Sea esta sustitución casual –por desconocimiento del artesano–, o intencionada, no nos parece una cuestión baladí. En cuanto a las aves, muy posiblemente palomas, si bien es cierto que no se mencionan en la mitología griega sobre estas diosas (Pena 2000: 654), aparecen con frecuencia en las manos de figuras de terracota de los santuarios de diversas diosas del ámbito griego, entre las cuales están Deméter y Koré⁵. En

2. Esta idea ya la expusimos en nuestro trabajo de 2007a: 82. F. Horn parece estar de acuerdo en ello (2011: 56). Obsérvese que en Sicilia es el tipo más común (Marín 2007a: láms. 4, 5, 6, 8 –esta con ciertas dudas por la fragmentación del *kalathos*–, 9 y 10). En Cartago observamos el ejemplar Cherif 1997: n.º 99, procedente del santuario Carton, en realidad un busto que mide 40,5 cm de altura, de gran calidad y traza totalmente helénica; pero también Cherif 1997: n.º 68-75; en Cerdeña, a juzgar por lo publicado, parecen ser más escasos, pudiéndose citar, en Paulilatino, los n.º 402-403 de Regoli 1991; en la península ibérica se ha de citar muy especialmente el ejemplar C776 del catálogo de Horn 2011, procedente de La Albufereta, en concreto de la tumba L1, datada en el s. IV a.C., que la misma autora (2011: C543), considera una posible importación de Sicilia.

3. Aceptamos plenamente la idea de Pena (2007: 29-30) para quien el motivo originario son las espigas, y solo con posterioridad estas se interpretan como aves.

4. Tengamos en cuenta que estas espigas son la causa principal de la atribución de los pebeteros al culto a Demeter (Garbati 2008: 52), lo mismo que los ejemplares de la *favissa* Delattre de Cartago, de un tipo sin embargo totalmente diferente. Para la hiedra, de connotaciones ctónicas, véase Marín *et al.* en este mismo volumen.

5. De Barberis (2004: 161-163) asegura que se encuentran en algunos santuarios de Afroditá, Ártemis, Hera, Deméter y Perséfone (estas últimas en el Acrocrotinto, Eleusis, Cnossos y Cirene). Para Zuntz, la paloma puede haberse adoptado por Perséfone por su relación con Afroditá (1971: 163-164). Por otra parte, y aunque se trata de un testimonio muy tardío, Porfirio (*De abstinentia* IV, 16) asegura que el nombre de *Ferrebata*, aplicado

definitiva, parecen ser atributo propio de determinado tipo de deidades femeninas (Bell 1981: 85; Olmos y Tortosa 2010), y de probable origen oriental (Keel y Uehlinger 2001: 314-315 y *passim*)⁶.

Más complicado es conocer el lugar donde se creó este tipo 1, con las espigas y la corona de hojas y frutos. Aunque está documentado en Sicilia, los ejemplares hallados, hasta el momento (Marín 2007a: láms. 1, 2, 3, 7), son escasos y de mala calidad, pudiéndose incluso apreciar con claridad en alguno de ellos las aves en lugar de las espigas (*Ibidem*: lám. 3), y en otros casos se observa un mal entendimiento de los motivos originales, por lo que, a la luz de la documentación actual, no parece probable que el tipo se haya originado allí. Lo cierto es que los mejores ejemplares se encuentran, aunque no son muy abundantes, en Cartago⁷ y también en la península ibérica, donde es el tipo más común y, en general, de calidad bastante aceptable⁸. En cambio, los publicados de este tipo en Cerdeña son de talla generalmente sumaria⁹. Somos conscientes de que son muchos los elementos a considerar a este respecto, pero quizá resultase interesante realizar una estadística de los tipos en cada región, como ha hecho Horn para la península ibérica, lo que probablemente ayudaría a la determinación del lugar de origen de cada uno de ellos. Pero para ello sería necesario tener catalogadas todas las piezas, lo que aún no se ha hecho en todas las regiones (Cerdeña e Ibiza, por ejemplo).

Sea como sea, lo cierto es que la variedad de modalidades, modificaciones de los tipos originarios o simplemente nuevas creaciones por parte de los coroplastas locales, es infinita, y las vías de difusión de los mismos enormemente complejas, contando con la posibilidad, ampliamente documentada, del sobremoldeo, o creación de moldes a partir de ejemplares importados (Muller 1996; 2000).

A propósito de la significación de los pebeteros, nos parece importante recordar los resultados recientes de la investigación sobre determinados tipos de terracotas votivas en el mundo griego, que se deben fundamentalmente al equipo puntero en este tipo de estudios



Fig. 1. Pebetero procedente de la tumba L1 de la necrópolis de La Albufereta (<<http://www.contestania.com/Albufereta.html>>).

a Perséfone-Proserpina, deriva del hecho de que la diosa se alimentaba de palomas torcaces, ya que estas le estaban consagradas.

6. Recuérdense las palomas sagradas del templo de Venus Ericina en Sicilia: Eliano, *N.A.* IV, 2; *id.* *V.H.* I, 15; Ateneo IX, 394.

7. Cherif 1997: n.º 5-14, y en especial el n.º 37. Por cierto que, a juzgar por las imágenes publicadas, todos parecen llevar las espigas.

8. Se dan preferentemente en todo el Levante, desde Ampurias (Horn 2011: C686) hasta Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia) (*Ib.* por ej. C727). Según Horn (2011: 35) es el tipo más frecuente, con diferencia, especialmente si sumamos a su tipo P.1, sin alerones, los ejemplares del P.3, que sí los llevan.

9. Regoli 1991: tav. I-VI; Moscati y Uberti 1988: tav. VIII, n.º 29-30, tav. XX, 1; algo mejor, aunque muy gastado, el ejemplar de Tharros de la lám. 2 de Uberti 2007.

dirigido por A. Muller¹⁰, aunque también a otros autores. Especialmente interesante a este respecto nos parece Muller 2005. Constata este autor que terracotas que se han considerado exclusivas del culto a Deméter y Koré, se dan también en los santuarios de otras divinidades femeninas de caracteres semejantes a los de estas diosas. Entre ellas ocupan un lugar especial las que representan a una oferente con cerdito; se ha visto que el cerdo es un animal de sacrificio común a diferentes cultos femeninos, ya sea como tal o por la utilización de su sangre en rituales de purificación, tanto por su precio económico como por su carácter prolífico, que lo relaciona directamente con la fecundidad, lo que explica que lo hallemos, entre otros, en los cultos de Ártemis y Hera en particular (Muller 2005: 64-67); no olvidemos, por otro lado, que se dan también en espacios de culto claramente púnicos como Tharros, el llamado *mastio* de Monte Sirai –donde se supone que había un santuario de Astarté–, y en el tofet de Mozia (Garbatí 2008: 48-51); así como en el santuario de la cueva de es Culleram, Ibiza, como se sabe consagrado a la diosa Tanit (Marín *et al.* e.p.b). Pero hay aún un dato que nos parece de gran interés. Se trata del fragmento, hallado en Kerkouanne, correspondiente a la parte superior de una figura de tamaño mayor que el habitual en este tipo de terracotas votivas¹¹, que se asemeja a otras piezas aparecidas en la famosa *favissa* Delattre de Cartago (Cherif 1997: 59-67), piezas en su mayoría de gran calidad. Su carácter fragmentario permite sin embargo reconocer la típica figura con la antorcha, que se percibe con claridad, y el cerdito, en este caso no conservado. Lo notable de esta pieza, sin embargo, es que el *kalathos* aparece recordado en su parte superior, formando merlones, en forma de corona mural. Este detalle se da igualmente en algunos de los pebeteros en forma de cabeza femenina hallados en Ibiza y en Cerdeña (Marín 2007b) y, como en el caso de aquellos, probablemente haya que entenderlo referido a una deidad que se considera patrona, *Gad*, de una ciudad, que estimamos debería ser púnica. Sería, desde nuestro punto de vista, un caso más de la utilización de una iconografía propia de Deméter para evocar a una diosa semita. Algo semejante, aunque con matices distintos, ocurre con los bustos femeninos (Muller 2009: 68-70), hasta hace un tiempo igualmente atribuidos al culto a Deméter y Koré, que se encuentran en grandes cantidades en los santuarios de otras divinidades femeninas (Hera, Afrodita, Las Ninfas, Ártemis). El autor recoge los resultados de la investigación reciente sobre el tema y propone ver en ellos simplemente la imagen de la oferente, abandonando la vieja idea del *anodos* y su relación con las deidades de carácter ctónico. Un caso más es el del tipo conocido como “Athena Lindia”, *collane di semi* o pectoral, muy frecuente en el culto de diversas deidades femeninas en el ámbito siciliota, pero documentado también en el púnico: además de Sicilia, Cerdeña e Ibiza (Albertocchi 1999). Las encontramos igualmente en la cueva de es Culleram (Marín *et al.* e.p.b), así como en las necrópolis ibicencas. En consecuencia, deducimos que es arriesgado hablar del culto a Deméter basándose exclusivamente en la aparición de determinados tipos de terracotas. Sería necesario contar con otros testimonios que permitan determinar si, a falta de datos textuales, existen huellas reales del culto y los ritos practicados en sus santuarios en algunos de los lugares de hallazgo de estas figuras.

En los últimos años se ha vuelto repetidas veces sobre el tema del culto a Deméter y Koré en Cartago y el mundo púnico. Partimos siempre del famoso texto de Diodoro según el

10. Véase el *Groupe de Recherche sur la Coroplastie Antique [GRCA]*: <http://coroplastie.recherche.univ-lille3.fr/>

11. Lo conservado mide 12 cm de altura, véase Fantar 1986: 308, lám. CXXII; Cherif 1997: 242. Desgraciadamente desconocemos el lugar concreto donde apareció.

cual, tras el saqueo que Himilcón realizara en el templo de Deméter y Koré en Siracusa, y la peste desatada en el ejército cartaginés, estos habrían decidido, como expiación, introducir el culto a ambas diosas en Cartago, poniendo a su servicio a personal griego y sacrificando según tal rito (D.S. XIV, 63, 1; 70, 4; 77, 4-5). Este acontecimiento se suele ligar, por un lado, a la aparición de la cabeza de la ninfa siracusana Arethusa en la amonedación de Cartago¹², y por otro a la creación de los pebeteros de cabeza femenina. En relación al texto son varios los autores que, a juzgar por los escasos testimonios existentes del culto a ambas diosas en época prerromana¹³, dudan de su trascendencia religiosa¹⁴, y esto para el caso de Cartago. Resultaría un tanto extraño que la imagen de una divinidad griega, sea esta Arethusa o Koré¹⁵, se convirtiera en el tipo principal de la moneda cartaginesa durante siglos¹⁶. El problema afecta igualmente a Cerdeña, porque también en sus acuñaciones encontramos la efigie de Arethusa/Koré, y, por otra parte, son allí muy abundantes los pebeteros en forma de cabeza femenina¹⁷. Entendemos que en este caso el culto a Deméter y Koré pueda haber llegado a través de su estrecho contacto con Sicilia, más que vía Cartago. En opinión de Garbati (2008: 52, 69) es muy probable la existencia del culto a Deméter y Koré en lugares como Narcao y Santa Margherita di Pula, pero, en cuanto a los pebeteros de cabeza femenina, cree que no puede afirmarse que en todos los casos respondan al culto de estas diosas, ya que con frecuencia aparecen en contextos púnicos. Al atribuirles un valor cultural ligado a la esfera femenina, agraria y fertilística, con probables connotaciones funerarias, dado su frecuente hallazgo en necrópolis, los pebeteros podrían haberse utilizado tanto en el culto de las diosas griegas como de la Tinnit púnica (2008: 71). Conviene a este propósito recordar que en la iconografía de las divinidades fenicias no existen tipos canónicos,



Fig. 2. Corona de hojas de hiedra en bronce dorado con bayas en terracota dorada, procedente de una tumba de Tarento (De Juliis 1984: 93, cat. n.º 22)

12. La idea parte de Müller (1860: 110-111), y es seguida en lo esencial por Acquaro (1971 y 2008).

13. Véase una enumeración de estos en Garbati 2008: 72-73 o Fantar 2008. Destacamos aquí la hipótesis de M.G. Amadasi (2003) de ver a Koré tras el nombre de ^sLT en la inscripción CIS I, 6068 = KAI 89, del s. III a.C.

14. Bonnet 2006: 373-376; Horn 2011: 57-59; Fantar (2008: 245-246) piensa que fue un culto practicado exclusivamente por los griegos que habitaban la ciudad de Cartago, mientras que atribuye la cabeza de la moneda de Cartago a una diosa púnica; Ribichini (1995: 14-16) ha revisado algunos de los testimonios epigráficos del culto a ambas diosas, que califica de muy dudosos. Volviendo sobre el tema recientemente (2008: 238) se reafirma en la duda de que ocupasen un papel destacado en el panteón cartaginés. En opinión de Garbati (2008: 73-78), la mayor parte de los testimonios existentes son tardíos, de época ya romana.

15. Algunos autores consideran que la imagen de la Arethusa siracusana, en determinados casos, al portar espigas, puede interpretarse como Deméter o Koré. Véase Caccamo Caltabiano 2008: 124-125.

16. Parece aceptado que esta efigie de la Arethusa de Evainetos fue utilizada en la iconografía monetaria para representar a otras diosas, por ej. Artemis en Ampurias (Pena 1981).

17. Véase en especial Campanella-Garbati 2007, con el mapa actualizado de hallazgos, y Garbati 2008.



Fig. 3. Busto procedente de Kerkouane con decoración de merlones en el kalathos (Foto: M. C. Marín).

que se puedan adscribir con seguridad a divinidades concretas. Por el contrario se dan una serie de iconos estandarizados que se pueden atribuir a deidades diversas, aunque con caracteres semejantes, de tal manera que es mejor hablar de “indicadores morfológicos” (Garbati 2012), es decir, determinados signos que ayudan a precisar los atributos de una divinidad, pero que pueden corresponder a más de una¹⁸. La situación se hace más compleja aún en el caso fenicio por la tendencia a utilizar imágenes procedentes de otros ámbitos culturales, preferentemente el egipcio y el griego, con un contenido propio, de lo que contamos con numerosos ejemplos.

En cuanto a la posibilidad de un culto a Deméter y Koré en Ibiza y en la península ibérica, somos más escépticos. Para Ibiza no hay dato alguno que podamos considerar fiable. De un lado está el depósito excavado por Mañá (1953), en un terreno próximo a la necrópolis, donde aparecieron un número muy elevado de terracotas femeninas, en su mayoría de mala calidad, de oferentes con antorcha y cerdito, pero también con otros animales (pato, ave, ciervo, etc.), además de figuras que tocan el *aulós*¹⁹. Pese a su interpretación como un posible depósito votivo (San Nicolás 1981), sospechamos que se trate de un simple taller de alfarero, lugar de venta o almacén, como pensó Mañá (1953). El resto de posibles testimonios de ese culto viene representado, de una manera vaga, tanto por los pebeteros, como por otras terracotas femeninas halladas en la necrópolis²⁰. Los pebeteros los encontramos en es Culleram, lo mismo que las figuras con antorcha y cerdito o las del tipo “Athena lindia” o *collane di semi*. A propósito de los pebeteros se han de citar también los ejemplares con corona mural excavados en distintos lugares de la ciudad de Ibiza (Marín 2007b; Fernández *et al.* 2007) que se han interpretado como representaciones probables de Tinnit como diosa protectora, Gad, de la ciudad (Marín 2007b)²¹.

En cuanto a la península ibérica, recapacitemos: ¿qué testimonios tenemos del culto a Deméter y Koré –salvo quizá en el área de influencia emporitana– además de los pebeteros que, supuestamente, representarían a la o las diosas? Porque partimos de la base, admitida por todos –no hay más que ver un mapa de hallazgos–, de que su creación y expansión se debe a los cartagineses. ¿Tiene sentido que el posible culto cartaginés a Deméter y Koré haya llegado hasta nuestras costas y se haya expandido por ellas? Precisamente el trabajo de Sala

18. A este propósito ha marcado un hito en la investigación la obra de Keel y Uehlinger (2001: en especial 19-22).

19. Véase Almagro Gorbea 1980a: láms. XXXVIII 1, 3; XXXIX 1, 3, 4, 5; XL 3,4,5; XLI 2,3,4,6; XLIV 1,2; XLV 1,3, CLX 4; CLXI 1,2. San Nicolás 1981: 27-33, figs. 1-6.

20. A propósito de este tema véase Bisi 1978: 222-225 y Marín 1981: 105-106.

21. Horn (2011: 58-59) se muestra igualmente negativa a este respecto.

y Verdú en este volumen hace hincapié en el hecho de que estas terracotas tienen una distribución básicamente costera, no se encuentran en todas las necrópolis contestanas, y, cuando las hay, es siempre en tumbas muy puntuales; y lo mismo con respecto a los santuarios, de tal manera que sus usuarios constituirían un grupo social muy minoritario que conocía su significado. Por otro lado, son varios los autores que defienden una posible importación ibicenca para muchos ejemplares del área levantina (Francés *et al.* 2007: 400-401; López Garí *et al.*, en este mismo volumen), algo por lo que abogan también las analíticas realizadas. Es otra cuestión esta, la del papel de Ibiza en la difusión levantina de los pebeteros en la que conviene seguir investigando.

Por otro lado, una de las posibilidades que todos hemos barajado es que en la Península se hayan utilizado los pebeteros como imagen para el culto a una deidad local, pero dada la difusa presencia de enclaves e influencia púnica en toda la costa mediterránea hasta la propia Cádiz ¿tiene sentido que el pebetero tenga un significado distinto pese a estar tan próximos unos de otros los lugares de hallazgo? Es una cuestión más que permanece abierta²².

Insistimos en la cada vez más frecuente aparición de pebeteros en emplazamientos fenicio-púnicos de la Península. Son ya bastantes los catalogados en Cádiz y Málaga, con sus particularidades. De gran interés a este respecto nos parecen dos piezas de la ciudad de Cartagena. Una, inédita, es un fragmento del tipo 1, de buena calidad, con restos de pintura, que apareció junto a un torito, igualmente de terracota, en la zona del anfiteatro, en un estrato claramente sellado por otro superior de época augustea, pudiendo fecharse en la segunda mitad del siglo II a.C. (comunicación personal de M. C. Berrocal). Por otro lado, en la zona situada en la ladera noroccidental del Cerro de Despeñaperros, en la calle Montanaro, se excavó una estancia de probable carácter religioso, de época bárcida (Madrid 2005: 266-267), en la que se halló un pebetero de piedra calcarenita que ha sido publicado por Ramallo (2011: 61-62) como “exvoto betílico”. Conservado en el Museo Arqueológico Municipal de Cartagena (n.º inv.º 4.433), ha formado parte de la exposición *Fragor Hannibalis*, en el Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid, en Alcalá de Henares. Según la ficha del citado catálogo (Noguerras y Madrid 2013: 508), mide 35,2 cm de altura y, a pesar de estar apenas tallado –de ahí su aspecto betílico– se aprecia con claridad que reproduce la forma de un pebetero de cabeza femenina, con largo cuello, en cuya parte inferior presenta lo que puede ser el reborde de la túnica, un rostro apenas esbozado, dos largos pendientes –quizá confundidos con el velo– a ambos lados y una cazoleta superior en la que, sin embargo, no había restos de combustión. Otro dato importante es que no está trabajado por



Fig. 4. Pebetero de Náucratis (Museum of Fine Arts, Boston).

22. Véase la opinión negativa de Horn 2011: 57-62.

su parte posterior y apareció, *in situ*, sobre una plataforma, en un ángulo de la habitación, junto a un banco corrido. Se ha datado a fines del siglo III a.C. (*ib.*).

Probablemente tardaremos aún en sacar las consecuencias de estos importantes hallazgos, que sin duda aportan datos de interés al problema de los pebeteros, lo mismo que el encontrado en terrenos del Puerto de Santa María, publicado aquí por Rosendo y Niveau. Si se confirma la lectura del epígrafe, puede ser un dato definitivo para la interpretación de estos objetos, al menos en el área de presencia e influencia púnica. Igualmente, a juzgar por los datos recientes, contemplamos la pervivencia de estos exvotos en este mismo ámbito bajo la primera dominación romana.

Aunque los datos con que contamos son todavía escasos, no queremos dejar de mencionar el hecho de que algunos fragmentos de pebeteros parecen haberse excavado en la “cova de les Encantades” del Montcabrer (Cabrera del Mar, Barcelona). Allí se menciona el hallazgo de dos “terracotas de Demeter, muy erosionadas” del tipo, dicen, estudiado por Muñoz y Pena, junto a cuernos de bóvido de cerámica y un posible cuerno real del mismo animal (Coll y Cazorla 1998: 276; González-Alcalde 2006: 203, figs. 1-3). Un hallazgo ya antiguo, aunque poco divulgado, es el de dos ejemplares de pebeteros aparecidos en el santuario de la taula de Torralba d’en Salord, en Menorca, actualmente en el Museo de Mahón (Bueno *et al.* 1980: 137-182). Nos sorprendió igualmente encontrarnos un ejemplar del tipo 1 en el catálogo de terracotas del Fine Arts Museum de Boston, procedente –así consta en el museo, del que requerimos la documentación en su poder– probablemente de Naucratis, en Egipto. Fue excavado por la Egypt Exploration Found y donado al MFA en 1886. Su número de inventario es 86.898 y su altura: 9,5 cm.

En los años pasados desde la publicación de *Pebeteros I* ha visto la luz, además del trabajo de Garbati para Cerdeña, otra importante obra de cara al estudio de los pebeteros. Se trata del libro de F. Horn (2011) sobre las terracotas prerromanas de la península ibérica, en el que les dedica una atención preferente. Además de un catálogo exhaustivo, que resulta muy útil, la autora se esfuerza en realizar una nueva clasificación tipológica²³, así como una revisión de la técnica de fabricación y los contextos. Por último, dedica un apartado al estudio del origen, difusión e interpretación de estas piezas en el que de nuevo se alude a la documentación mediterránea, mostrándose la autora claramente partidaria de su atribución a la diosa cartaginesa Tanit o Tinnit (2011: 57-62).

En la esperanza de que este nuevo libro ayude a aclarar algunos aspectos de nuestros “pebeteros”, no nos resta sino agradecer su participación a cuantos autores han colaborado en el mismo, al Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla que una vez más ha acogido este proyecto generosamente, y a Fernando Marín Ceballos por su asesoramiento en la elaboración de la cubierta.

23. Distingue básicamente entre el tipo con *kalathos* decorado y otro sin decorar, y en cada caso con o sin *ailerons*. En realidad, nos preguntamos si no se debería dejar de hablar de alerones o aletas, cuando estamos todos de acuerdo en que se trata del velo, que puede ir pegado al cuello o despegado y abierto, y que caracteriza en el mundo griego a la mujer casada.